

de su pueblo, sino que echó los ojos ávidos y el alma enamorada y el pensamiento portentoso por todos los espacios de la tierra; él no salió jamás de su casita oscura, desnuda de muebles como él de vanidades, ni dejó nunca la ciudad nativa, con cuyas albas se levantaba a la faena, ni la margen de este Catuche alegre, y Guaire blando, y Anauco sonoro, gala del valle, de la Naturaleza y de su casta vida. Lo vió todo en sí, de grande que era!

Este fue el hombre, en junto. Postvió y previó. Amó, supo y creó. Limpió de obstáculos la vía. Puso luces. Vió por sí mismo. Señaló nuevos rumbos. Le sedujo lo bello; le enamoró lo perfecto; se consagró a lo útil. Habló con singular maestría, gracia y decoro; pensó con singular viveza, fuerza y justicia. Sirvió a la Tierra y amó al Cielo. Quiso a los hombres, y a su honra. Se hermanó con los pueblos y se hizo amar de ellos. Supo ciencias y letras, gracias y artes. Pudo ser Ministro de Hacienda

José Martí

(Revista Venezolana. Caracas, 15, Julio, 1881.)

## El gato

=De Zapatos Viejos. Narraciones de la vida en un pueblo de Centro América.—J. Samet, Editor. Buenos Aires. =

Vivían los dos en un rancho de paja. Las vigas y la paja del techo estaban ennegrecidas por el humo y el hollín del fogón en que se calentaba la jarrilla del café. Adentro del cuarto quedaba todavía prendido de raíz, el tronco de un árbol, lo usaban para colocar allí objetos de cocina. Durante el día, ella iba a traer agua y él, con aburrimiento, pasaba bostezando en la puerta y mirando hacia el llano...

Ella reunió seis huevos de las gallinas y le propuso que, como el siguiente día era domingo, él fuera a venderlos a Santa Clara. Él aceptó.

—Los huevos se están dando a tres... Si no los pagan mejor los traes. Tres huevos por medio en seis huevos es un real. Cuidado, nada menos... Cuidado con mal vender los huevos...

La mujer fué al cerro, trajo bastante paste, sacó una tombilla sucia, la limpió, envolvió cada uno de los huevos en un poco de paste, los colocó todós en la tombilla, cerró la tombilla, la amarró con un bejuco que trajo también del cerro y se la entregó al «hombre», que la observaba, como siempre, sin prestarle la menor ayuda, lleno de indolencia y de pereza.

—Cuidado con malvender los huevos, los huevos están a tres por medio... ¡Cuidado!

El «hombre» agarró los huevos y echóse a caminar.

La mujer, como si una idea se le viniera súbitamente, salió corriendo a la puerta del rancho y le gritó:

—Cuidado con beberte el real... ¡Cuidado! Ese real lo queremos para comprar café donde Nor Isidro... ¡Cuidado con beberte el real!

El «hombre» siguió el camino sin contestarle.

Al poco momento se oyó el trote de un caballo que se acercaba. Ella supuso inmediatamente que aquel era el caballo del mayordomo que acertaba a llegar siempre que «su hombre» se iba al pueblo. Sacó la cabeza por uno de los agujeros de la pared del rancho y vió que Remigio llegaba. La mujer se quedó como para-

lizada, sin saber qué hacer, luego metió la cabeza en una olla de agua y empezó a restregarse la cara, como para limpiarse la costra y el tizne del humo. Se limpió bien la cara y salió a recibir al visitante. —¡Polaaaaaa! ¡Está allí tu maridoooooo! Remigio le gritaba a Apolinaria desde la puerta del cerco sin atreverse a llegar cerca del rancho. Era costumbre de Remigio preguntarle por «su marido» a sabiendas de que no eran casados. Además Remigio sabía que «el hombre» no estaba, pues nunca acertó a llegar estando él allí. Apolinaria sabía esto y por eso corría a lavarse la cara cuando oía el trote del caballo, tan pronto como «su hombre» salía. Remigio se percataba de las salidas del «hombre» porque desde la cumbre del cerro, en donde estaba haciendo una hachazón en compañía de dos peones para sembrar un matambre, columbraba el rancho de Apolinaria, esperando que el «hombre» saliera para bajar al trote del caballo.

Apolinaria, es decir Pola, era de allí. Al otro lado del portillo estaban los ranchos de los Domínguez, tíos, hermanos, hermanas, cuñados, sobrinos y abuelos de Pola Domínguez. Aquí en este mismo rancho, donde vivía ahora, había vivido con su marido Teófilo González. Aquel sí, era marido legal. Todos los Domínguez y los demás vecinos recordaban las dos semanas de bebedera en el matrimonio de Apolinaria. Pero desafortunadamente Teófilo se murió, le dió el «mal de empacho» tres meses después de casados. Pola tenía entonces 16 años y era muy apetejada. De Teófilo no le quedó más que el rancho y la escopeta para matar venados. Sentía no haber tenido un hijo con Teófilo, un varón. En esta aflicción se acordó de Remigio que antes del matrimonio con Teófilo, y después del matrimonio, siempre andaba rondando su rancho. Pero ella dudaba de él por el puesto que ocupaba. Remigio era el Mayordomo de la Hacienda, era el patrón mientras el dueño estaba en Santa Clara. Ella, en cambio y todos los Domínguez, eran nada,

peones. Había querido a Teófilo porque aquel era de su clase. Remigio la podía abandonar...

Pero un día apareció con «su hombre». Desde aquel día no volvió a visitar a los Domínguez. Le podían preguntar que en donde lo había encontrado y ella no iba a saber qué contestar. Pero a sus oídos llegó lo que decían las lenguas, que «se había enmancuernado con un forastero...»

El «forastero» había llegado en una noche de invierno a pedir posada. Decía que se había extraviado del camino real y que andaba desorientado. Quería que Pola le diera en donde dormir para buscar el camino en la mañana. Pola le dió en donde dormir, allí cerca del fogón para que se calentara el cuerpo porque estaba todo mojado. El «hombre» no se fué al día siguiente. Lo cierto es que él dispuso quedarse, pero no fué él quien dispuso, sino las circunstancias. Quien sabe que arreglo tuvieron en la noche con Pola, lo cierto es que no se fué. Una semana después allí estaba en el rancho de Pola. Por fin se encariñó con el lugar. Salió a matar venados con la escopeta del finado Teófilo, pero no mató nada. La mayor parte del día se estaba sentado en la puerta mirando para el llano...

—Pola—le dijo Remigio—quiero que te vayas a la Hacienda a vivir conmigo. Con ese forastero no sales de apuro...

—¿A la Hacienda?... ¡Hum, y después me das viaje!

—Te juro que no, Pola. Te lo juro por estas crucitas...

—Yo quisiera, pero...

—Te voy a tratar decente. Además vos no quieres a ese «forastero»...

—¿Quererlo? ¡Yo no lo quiero, Dios sabe! Es veru haragán. Cuando por chiripazo mata un «venao» con la escopeta del «finao» Teófilo, lo que hace es irse a vender el cuero a Santa Clara y beberse el pisto. Después viene «pasao» de guaro, con una juma que no puede ni andar... ¿Trabajo? dice que nunca ha «trabajao» en su vida. Y por eso yo le digo que se vaya, pero no quiere irse...

—Te voy a hacer una propuesta y si no aceptas sos una tonta. Yo voy para Santa Clara a ver el patrón. Aquí ando llevando una botella de guaro de la sacadera de Nor Isidro. Cuando venga el forastero se la das para que caiga. Cuando yo pase de regreso en la noche, él va a estar bien borracho y entonces te llevo por delante en el caballo para la Hacienda. Después cuando él se vea solo en el rancho, se va a ir pa su tierra...

—Y ¿si me va a buscar a la Hacienda?

—Si llega allá, lo guindo en un palo de ocote y lo dejo colgado para que se lo coman los cutes...

—Bueno, lo voy a hacer, dejame la botella...

Remigio le dió la botella. Después le dió dos apasionados besos en las mejillas, se montó en el caballo y se fué corriendo diciéndole adiós con la mano...

El gato había aparecido allí sin saber de donde había venido, lo mismo que el «hombre», los dos se habían aquerenciado en el rancho de Pola y ni ella sabía de donde habían venido. Era un gato negro, grandísimo, pero flaco que hasta la forma de los huesos se le miraban. Había días